

ALBORADA

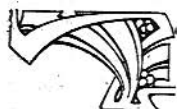


SUMARIO

A. L. Herrera: «La Filosofía e érea». — Emilio López Arango: «Los valores de la revolución». — Clemencia Augusta Royer: «Al album del viajero». «Mediación». — Severo Bruno: «Del anarquismo». «Definiciones generales». — Víctor Lafosse: «El dogma y la ciencia». — «Responsabilidad (Conclusión)». — Fernando del In unto: «Mientas cae la lluvia». — Alfredo Fernández: «Lo que

quiero». — López de Molina: «Versos a mi patria». — P. Celedón: «Es que... llega el invierno...». Leopoldo Ramos Giménez: «Parábolas». — Bibliografía. — Nuestra aclaración. — A los suscriptores de 25 de Mayo. — A los suscriptores y agentes. — Agentes. — Puntos de venta.

ALBORADA



Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Directora: Mercedes Gauna - Administrador: B. Pereira



AÑO I

BUENOS AIRES 1º DE JULIO DE 1917

N.º 7

LA FILOSOFÍA ETÉREA

Para "ALBORADA"

En un discurso que dediqué a la memoria del sabio ruso Metschnikoff, en sesión solemne de la Dirección de Estudios Biológicos de México, la noche que siguió de cerca a la senida muerte, de aquel profundo investigador, propuse, ante un selecto público intelectual, la filosofía etérea, paráfrasis de la plasmogenia, su aliada o su derivación.

No hay filosofía que valga, ni moderna ni anticuada. Bergson, Platón, Augusto Comte, Ostwald, Mach, nos dejan a la mitad del escabroso y árido camino. No condensan la teoría del conocimiento en una fórmula sencilla. Son vagos, incompletos, metafísicos aparentes o disimulados. Después de repasar un tratado general de todas las filosofías, por ejemplo, el resumen de Hoffding, nos quedamos en tinieblas. Nada completo ni definitivo hemos alcanzado. Cada autor vá por su camino y no llega a ninguna parte. Aquí la intuición, allá la energía, por un lado la inducción, por otro la teología, el monismo, lo impreciso, lo que se vé a lo lejos y no se precisa ni clasifica.

Reduzco lo que existe al éter, desde el sol hasta la conciencia, el yo, el placer y el dolor, la voluntad, la memoria, el pensamiento. (Véase el Boletín de Estudios Biológicos de México. Tomo II, número 1. Vibraciones de licopodio). Y en efecto, todo lo que llena el Universo es una materia imponderable, el éter y no hay razón alguna para excluir de este medio y este mar infinito que todo lo encierra, a los fenómenos cerebrales, a los hechos que estudia la filosofía. El problema de la muerte se reduce a conocer las transformaciones sepulcrales, los ciclos de la materia. La vida es un fenómeno fi-

sico-químico del protoplasma. El mal no existe; el éter se manifiesta en la guerra, en los crímenes, en el amor, en el beso y en la agonía. Sus movimientos son estruendo de la batalla; de las vorágines de nebulium viene la tempestad, la hecatombe humana, el grito, el sollozo, la calumnia, la estocada, la muerte. Conozco porque mi cerebro es de éter, con estructuras y funciones especiales. Razono por obra de sus propiedades eternas; amo, odio, perdono, recuerdo, quiero, porque el éter vibra en mí. No hay más que éter. El es la única especie y el único individuo del Cosmos. Lo demás no está probado ni es lógico ante la física y la astronomía.

La moral es la ley de las colonias vegetales, animales o humanas. Cada gota del océano puede ser un individuo accidental, pero solo el mar existe y así nosotros existimos como gotas del éter universal. Las diversas filosofías son manifestaciones del éter, que vibra en los cerebros de los filósofos. (1) No hay ninguna filosofía extraña al éter. Como estudio de los principios y de las causas o sistema de nociones generales sobre el conjunto de las cosas, se contrae a los principios del éter y las causas que producen los fenómenos y son etéreas; como estudio de la sociedad y la moral, solo puede ser etérea, como los hombres que forman la sociedad y se componen de materia derivada del éter. Como disciplina para dar al hombre firmeza y elevación

(1) El error corresponde a las especies desaparecidas. El éter comete errores, evoluciona. Hay ideas-diplodocus y Dios.

de ánimo que le hacen superior a los acontecimientos y preocupaciones nada es comparable a la nueva filosofía, que hace despreciar las miserias humanas, que todo lo perdona porque todo es manifestación del éter y no hay, en realidad, responsabilidad ni libre albedrío, aunque las colonias humanas obedecen a principios morales necesarios. Como filosofía positiva se reduce a lo demostrable y discrepa del Comtismo negando que existan causas primeras y finales, que no deban investigarse, pues nunca se ha demostrado que esas causas no sean algo más que afirmaciones, postulados sin pruebas.

El problema de los orígenes es absurdo. Nada tiene origen en un sentido riguroso. La encina viene de la semilla, ésta de otra y en suma, del medio inorgánico primordial. Nunca ha sido creada una semilla de encina: la materia se presenta como semilla en una de sus evoluciones. La vida es universal y nunca ha sido creada, pues se reduce al movimiento en el infinito. Solo vemos modalidades del éter, vibraciones y condensaciones. El unitarismo es luz, el pluralismo es una tumba. Nada ha sido arrancado del vientre universal, que lo contiene todo. Alma, Dios, intuición, otro mundo de premios y castigos, son fantasías nunca demostradas y deben tenerse por sofismas y errores de una infantil generalización. (Véase el precioso artículo «Animismo», en el primer número de este periódico). La idea de Creador deriva de la observación arcaica de un par de conejos. Producen otros conejos que no existían

antes, luego allí ha habido una generación o creación. El hombre y la mujer se unen y producen un ser nuevo, luego han creado. Entonces la materia, el mundo, el cielo deben haber sido creados. Brahma puso un huevo, lo incubó tres millones de años y produjo la tierra y el cielo, como un huevo de gallina produce un pollo... Dios es la gallina del infinito. Ante la ciencia y la razón libre nada se pierde, nada se crea, la materia se transforma, el éter, el mar eterno.

Según Mendeléeff el éter tiene propiedades e individualidad química. Es una materia desconocida, enrarecida, que penetra todos los cuerpos, que escapa a la gravitación por su enorme velocidad. Por tanto la filosofía etérea «es una filosofía química» y los únicos filósofos posibles son profesores de química. Hasta donde alcance el pensamiento, hasta donde llegue la carrera del tiempo, centauro que arrastra al universo azotado por la eternidad; hasta donde penetre la mirada de la ciencia, no habrá sino éter, un elemento químico primordial, y será inútil que las vulgares filosofías busquen por medio de la imaginación algo que no sea tangible y demostrable. Su ambición es absurda: destruir el orden de la naturaleza. Al contrario, la Filosofía Etérea es la expresión misma de la naturaleza: única y completa, del astro al infusorio. El éter no puede escaparse de sí mismo.

A. L. HERRERA.

México, mayo de 1917.

Los valores de la revolución

Para «Alborada».

Una «revolución» puede surgir como consecuencia de ambiciones personales, de complotes partidistas fraguados en los comités políticos con el objetivo único de apoderarse del poder. Los opositores hacen del pueblo un instrumento de sus ambiciones y del hambre el arma poderosa para aiarar a los dominantes de la situación: la revolución

política, sin finalidad social, no cuenta con otros valores. Pero la revolución de órdenes de convivencia, de moralidades y concepciones de vida, no puede responder a la ambición de un determinado grupo de individuos, ni mucho menos ser los ejecutores de la revolución instrumentos pasivos puestos al servicio del primer ambicioso que explote su hambre: de un cualquier polichine-

la de esos que, en el «gran tinglado de la farsa», hacen piruetas sobre la conciencia de la masa amorfa, huérfana de inteligencia, y de libertad...

Las revoluciones sociales, destructoras de las viejas formas, aquellas que derrumban regímenes y conmueven a las sociedades en sus principios básicos, necesitan de los valores individuales y de la fuerza moral que le impriman las colectividades revolucionarias, en una síntesis de odios desencadenados: de odios que amasó la tiranía en la noche moral que por espacio de muchos siglos sumió a la humanidad en el oprobio y la vileza...

Rusia representa hoy la síntesis de un período histórico: como Francia representó otro período en el año 1789-93, en su revolución contra la nobleza feudal y la tiranía ignominiosa del Imperio. Y no es posible, por lo tanto, que la revolución rusa responda a los fines de un determinado partido político, como tampoco que ésta haya sido hecha única y exclusivamente para derrumbar al zarismo. Un pueblo que sufrió tan bárbaramente el flaqueo de la tiranía, y que aprendió en el dolor a odiar al régimen, no puede conformarse con el simple cambio de gobierno. Los cambios de forma no destruyen los principios tiránicos en que se basan las organizaciones político-económicas de los pueblos: esto lo sabe esa parte del pueblo ruso, que aprendió a interpretar la revolución en los libros de sus grandes pensadores, los precursores del anarquismo: Bakounine, Kropotkine y toda esa pléyade de sociólogos ilustres; como los «mujiks» aprendieron de los soñadores y andariegos, vagabundos de la estepa, a odiar al terruño ingrato que los condena a una vida miseranda, porque es él del señor feudal que tiene todos los privilegios y derechos sobre su vida.

¡Pero no se crea que una revolución, capaz de derrumbar a todo un régimen, se hace con el número ínfimo de fuerzas que cuentan las minorías revolucionarias. Los anarquistas somos sólo los propulsores de la revolución: un movimiento revolucionario no lo hace el pro-

pagandista, ni lo provoca el estallido de una bomba; responde a un momento psicológico y representa la aspiración de una mayoría — que conspira en todos los órdenes contra el poder estatal y que forma parte de todas las clases sociales — que se traduce en hechos mediante circunstancias imprevisas, acontecimientos que logran conmover las fibras sensibles de los hombres y despertar la aletargada conciencia de los pueblos.

Candidez, por no decir locura, nos parece la creencia que tienen muchos anarquistas de que la revolución puede ser provocada en cualquier momento y sin contar con el apoyo del pueblo. Las revoluciones no se imponen por el terror, sin objetivo definido, contra la voluntad de los encargados de ejecutarla. No creemos tampoco que un movimiento revolucionario, con fuerza suficiente para derrumbar al gobierno que impera y cuenta para su estabilidad con policías, ejércitos y demás fuerzas complementarias de su autoridad, pueda fraguarse mediante planos trazados caprichosamente por un determinado número de individuos. Confundir el motín, la revuelta, con la revolución social, destructora de normas de vida y que responde a la paciente labor de las ideas que transmutan los valores morales — que son, precisamente, las bases sobre que se asienta el poder tiránico de los regidores de pueblos — es propio de los ignorantes que desconocen la Historia y creen que en la evolución son posibles los saltos, transformándose las mentalidades mediante un golpe de Estado, o una cualquier revolución de orden político.

Si el hambre es suficiente para provocar una revuelta, ésta no contará con los valores que le dan su virtualismo como revolución destructora de un régimen y a la vez creadora de una nueva moralidad. Múltiples son los factores que determinan las revoluciones en los pueblos, respondiendo éstas, como ya hemos dicho, a un momento especial psicológico, sin cuyo factor determinante inútil sería la prédica del agitador y el esfuerzo de la minoría re-

volucionaria. Y no se crea que negamos aquí el valor de los esfuerzos que en el terreno de la lucha realiza esa minoría que ocupa la vanguardia del progreso. Queremos tan sólo desterrar la creencia simplista de la revolución: la ingenuidad de los que creen que una revolución se crea en un conciliábulo, o surge del estampido, más o menos estentoreo, de una bomba.

Si Rusia compendia actualmente el

momento psicológico de la revolución, ésta no puede detenerse ante la conquista de la democracia: hallará en esa «forma» un momento de reposo, pero seguirá indefectiblemente su ascendente trayectoria en pos de la libertad, que es el punto luminoso que, en la lejanía del tiempo, vislumbramos los que en el yunque del progreso forjamos un futuro de equidad y justicia social.

Emilio López ARANGO.

Al Album del viajero

MEDITACIÓN

(Este notable artículo de la célebre filósofo-matemática francesa Clemencia Royer, extractado de sus producciones, nos ha sido remitido por Aristides Pratelle, el bien conocido publicista de Beauvais, depositario de una gran parte de los papeles que al morir dejó aquella, y propagador experto del neo-dinamismo en Europa y América).

El pensamiento necesita traducirse en un lenguaje; de otro modo, vago y flotante, dificulta y fatiga el cerebro que le retiene cautivo. El hombre se siente obligado a decir lo que piensa, lo que experimenta, y a hacer participar de esta manera a los otros hombres de sus emociones interiores, sus sensaciones dulces o penosas. A falta de hombres, invoca las cosas o habla consigo mismo y conversa con su propia inteligencia, interrogándola y respondiéndola alternativamente. El viajero solitario, que no tiene ni los oídos ni los labios de un compañero de rumbo, para escucharle o responderle, trata, con el auxilio de los signos grabados sobre la materia ininteligente y pasiva, de recordar y de fijar la fantasía que asedia su espíritu o el pensamiento que le atraviesa. Más tarde, mediante este testimonio insensible, gusta hallarse a sí mismo, en ese instante fugitivo que el tiempo ha llevado de su vida, y puede comparar así lo que era entonces y lo que ha llegado a ser.

Constituye un alivio para el espíritu alumbrar fuera de sí el pensamiento la-

tente que concibe y abriga. Es necesario que, como el agua corriente, se derrame esta agua interior. Ella no puede acumularse en el reservatorio de la memoria, sin perder de su limpidez. Se condensa y, a veces, se corrompe, se estanca. Sus diversos elementos se alteran se mezclan, se asocian en compuestos por lo común impuros e insalubres. Tiénese entonces, una fermentación en la cual las imágenes recibidas se transforman en imágenes nuevas que pierden, en realidad lo que ganan en vivacidad. Si se las tiene demasiado tiempo encerradas en el recipiente demasiado débil del cráneo, estas exhalaciones del espíritu se comprimen por sí mismas, presionando las paredes que las contienen, hasta que al fin se escapan con tanta más violencia, cuanto más tiempo han permanecido aprisionadas.

No es éste el secreto de la fuerza de esos genios desgraciados, que aumentados y transformados por los obstáculos que han debido vencer, han sabido dar una forma tan poderosa a pensamientos a menudo falsos? Una verdad, colijada demasiado tiempo bajo su frente, se ha condensado en sustancia. De fluida que era, ha llegado a ser plástica, de mudable, acabada, de relativa absoluta. Lo indefinido se ha determinado, y esta verdad se ha transformado en engañifa, puesto que se ha aislado de las verdades corrientes que la limitan en la realidad. El ojo interno de la memoria, demasiado exclusivamente preocupado de un solo punto

luminoso, hacia el cual forzaba la convergencia de todos sus recuerdos, ha dejado borrarse en la sombra del olvido todas las imágenes contrarias que rompían la unidad de su visión dominante.

Por el contrario, esos pensadores, livianos quizás porque han sido más afortunados, esos espíritus abiertos a los cuales se les ha visto flotar por sobre todos los problemas, como si les rozaran con el extremo de sus alas, no han debido quizás su armonioso equilibrio, sino a las circunstancias favorables que les han permitido abrir a todos y en todo momento, con tranquila facilidad, el tesoro de sus pensamientos.

Los primeros, sobre todo, han arrastrado a grandes errores y a irreparables desgarramientos a los pueblos que ellos habían acostumbrado a mirar un solo aspecto de la estatua semi-desnuda de la antigua Isis. Los segundos, menos elocuentes, porque estaban menos persuadidos, menos creadores, pero más críticos, menos absolutos, pero a menudo más verdaderos, han sido los guías más prudentes y exploradores más seguros. Siguiéndoles, se camina, aunque a pasitos. A la zaga de los otros, se salta y se cae.

Mi pensamiento fluye, pues, abundoso, pero tranquilo y sereno, tal como le crea y concibe mi cerebro. Piensa que no haces un cuadro del mundo, para no elegir sino un punto de vista, sino un mapa de geógrafo y de navegante, para el uso de un hombre que no quiere tan solo ver sino conocer. Avanza, retrocede, extraviate con tal que vuelvas a encontrar tu senda en el laberinto de las cosas reales. Pronuncia con atrevimiento tus juicios considerando los, sin embargo, a todos ellos como provisorios, hasta que otros juicios les confirmen o los anulen. Marcha con libertad, en fin, y que este libro destinado a recibirte, tal cual tú me serás dado, me sirva de recuerdo y te preserve de los hervores peligrosos de la imaginación efervescente.

Ahora, a mí, fuerzas de la materia y fuerzas de la inteligencia, imágenes de las cosas y concepciones del espíri-

tu, realidades y teorías, creaciones de la naturaleza y de la humanidad, cosas inertes y vivas, vida pasiva y actividad libre, agregaciones de astros, mundos eternos y ciudades pasajeras, resplandores siempre renovados de átomos luminosos, glorias fugitivas de las obras de los hombres, inmortalidad mortal de sus nombres, os evoco, os llamo! Quiero ser el foco poderoso donde convergen vuestros ecos, vuestras radiaciones, vuestras vibraciones, vuestros zumbidos. Pueda este foco, adonde habréis venido, repercutir e iluminarse con vuestra luz, calentarse con vuestro calor, resonar con vuestra voz, animarse con vuestro movimiento, vivificarse con vuestra vida. Deseo poder gritar un día al mundo: He ahí lo verdadero, tal por lo menos como hoy puede conocersele.

Sí, esta resolución que he tomado, es buena. Esta nueva peregrinación que emprendo, no será sin provecho. Ya me siento como un hombre nuevo, como un anciano rejuvenecido, o mejor, siéntome yo mismo, con mis veinte y cinco años, mi fuerza, mi virilidad y mi libertad. Húrtome a la vejez precoz, a la asfixia que me abrumaba. Me parece que vuelvo a hallar una parte de mí mismo. ¿Qué era, pues, lo que me embarazaba, lo que me encadenaba así? Mis deseos. No tenía más ninguno. Tampoco era mi dulce amistad para Stefano, mi único pesar en el momento de alejarme. Era, pues, Ricci, ese semblante más frío que austero, esa palabra elocuente o fría a voluntad? Un hombre, puede tener tanto poder sobre otro hombre? Puesto que escapo a este poder, éste está aniquilado. Pero un hombre es poderoso sobre un niño, y si rompo mi cadena, es porque hoy tan solo empiezo a ser un hombre.

¡A la obra! ¿Qué quieres, que me hagan ahora el pasado y Ricci y mi infancia y todos estos actos semi-conscientes, a cuya comisión me he abandonado, más bien que cometido? ¡Atrás!, recuerdos míos. Desplomáos como los primeros castillos de naipes que han levantado mis débiles manos, y que so-

bre la tabla rasa de mi vida, se levante lentamente el edificio de mi libre-pensamiento.

Clemencia Augusta ROYER.

(Traducido por M. G.).

(«Les Jumeaux d'Hellas». — Cuento filosófico, tomo primero, pp. 200-203.

DEL ANARQUISMO

DEFINICIONES GENERALES

Para «Alborada»

Cuando en una nación cualquiera surge un movimiento subversivo donde los componentes divididos en diferentes fracciones político-religiosas-sociales, luchan entre sí, (aliadas algunas fracciones, independientes otras) para el respectivo triunfo de su «causa», se dice que reina la más completa «Anarquía», queriéndose decir con ello que reina el más completo confusiónismo donde cada cual hace lo que mejor le parezca sin el respeto debido a los derechos privativos de cada uno, es decir, que reina el caos de la disolución social...

Y también se aplica la palabra «Anarquía», a todo aquello que pretenda reformar la actual organización social para regirse sin leyes codificadas ni poder o gobierno alguno que trabase la libre voluntad de los individuos. De ahí deriva la etimología de la palabra «A» (no, sin) «Arquía» (gobierno, poder, orden, armonía).

— *** —

Si bien la Anarquía significa: no, sin,—gobierno, poder, orden, armonía—, dicha palabra, en su segunda acepción: no, sin—orden, armonía—, no afecta, altera, ni le resta ningún valor moral-positivo a la filosofía natural y humana que busca la mayor armonía posible entre los individuos, libres de todo poder extraño que trave su libre desenvolvimiento: intelectual, moral, volitivo, para regirse por los dictados de la más sana razón.

De todas las filosofías que se debaten en el campo ideológico en un incesante afán de marcar el verdadero derrotero de la felicidad humana, la

Anarquista es la más racional, la más noble, la más justa y la más humana de todas, pese a su etimología, a la definición de los léxicos y a las malevolentes interpretaciones de todos los que la atacan. Todas las argumentaciones aducidas en contra, no han desvirtuado al anarquismo como la más noble y razonada filosofía natural, ni han dilucidado el trascendental problema social, porque todo lo esperan a base de absurdas abstracciones y de leyes deprimentes y coercitivas, en lugar de buscar la causa y el efecto en el mismo hombre. Dicen que la Anarquía es una filosofía antinatural, incompatible con el hombre y con la naturaleza, que todo lo preconiza a base de crímenes, que busca la destrucción de la familia, etc., y que es imposible vivir sin leyes, sin gobierno, sin propiedad, etc., incurriendo en lamentables equivocaciones, cuyos errores demostraremos en artículos sucesivos.

— *** —

La «Anarquía», es una filosofía puramente humanista, cuya finalidad es el libre desenvolvimiento de la humanidad sin trabas impositivas ni prejuicios erróneos, que impidan, retarden o desvíen su camino ascendente de perfección social, dentro de una órbita de amor, de libertad, de paz y de armonía, donde los individuos sean todos iguales en derechos sociales rigiéndose por los dictados de la más sana razón.

Tiende a que los individuos comprendan cuáles son sus derechos naturales, el respeto y el amor recíproco que se deben libres de fronteras imaginarias para constituir una sola gran familia universal, sin leyes absurdas, coercitivas y deprimentes; sin mitos rufianescos que desvíen los instintos del verdadero sendero de la vida; sin bajas pasiones ni bastardas ambiciones que corrompen el cuerpo y el alma y causan la desunión y la desgracia de la humanidad.

Tiende a elevar la moralidad de los individuos por medio de una educación amplia: racional-científica, des-

prevista de todo dogma sectario político-religioso, para capacitarlos a gobernarse por sí mismo dentro del más absoluta albedrío sin que por eso se constituyan en obstáculos de los demás, porque, la comprensión clara de sus derechos les hará comprender y respetar los de los demás sin romper jamás la armonía de la más franca y amplia libertad.

—***—

Si hoy es irrealizable el advenimiento de la Anarquía, débese a que los individuos no están capacitados para ello, ni moral ni materialmente, porque es obra de una superior educación; y si no ha tomado vastas proporciones entre el pueblo, es culpa de los mismos anarquistas que todo lo han confiado a los libros, a los periódicos, a las tribunas públicas, a los centros y ateneos, etc.; tomando al hombre adulto como base fundamental de una futura transmutación de

valores y de regeneración social, (descuidando a la mujer y al niño) sin ver que es de todo punto imposible convertir o transformar completamente la moralidad de un sujeto cuya infancia ha sido imbuída con preceptos erróneos.

Para realizar tan magna obra, débese tomar al niño como punto de mira de una superior organización social, implantando escuelas eminentemente anarquistas, donde se educarían a los niños de ambos sexos, «racionalmente», libres de todo odio y partidismo sectario, capacitándolos al libre exámen de las ciencias en general. También dicha escuela tendría por misión capacitar a los niños moral e intelectualmente, en artes, industrias, agronomía, etc., para que fueran aptos para la producción en general en la libre sociedad profetizada.

Severo BRUNO

Buenos Aires, junio 21 de 1917

EL DOGMA Y LA CIENCIA

LA HUMANIDAD CREE? - SABE? - QUÉ SABE?

Versión española, autorizada por el A., por Victor Delfino, Miembro de la «Sociedad Logoarquista de Bélgica».

Dogma y ciencia, creer y saber, estas dos palabras resumen la historia de la humanidad. Qué de ideas despiertan! Qué de tristes y sin embargo gloriosos recuerdos evocan! Hicieron derramar raudales de tinta y de palabras, así como también torrentes de lágrimas y sangre. Este es el tributo que el hombre, que la humanidad deben pagar su afianzamiento; estos son los esfuerzos del espíritu para emanciparse de las tinieblas de la ignorancia y conseguir el conocimiento de la verdad.

El hombre, a menos de admitir que nazca con la ciencia infusa, debe necesariamente pasar por un período de ignorancia. Esta ignorancia será pronunciada de tal manera, al principio,

que el hombre ignorará su propia ignorancia:—éste será el período de las creencias, de la fe de las certidumbres sentimentales: «el hombre cree saber. Este período puede ser más o menos largo; han sido necesarios siglos y llegar a hombres como Sócrates para escuchar: «yo sé que no sé nada». Actualmente todavía, la humanidad cree saber, y los excépticos verdaderos, los que dudan aún de su propia duda, son los menos. Este saber negativo, no constituye la ciencia, pues to que ésta es un conjunto de conocimientos ciertos; ahora la duda y la certidumbre se excluyen mutuamente. La simple certidumbre no constituye el saber, y sin embargo, se confunden a menudo estos dos términos, el saber es algo más que la simple certidumbre. Es necesario que distingamos entre estas dos especies de certidumbre, que ya Platón había perfectamente reconocido y admirable-

mente descrito en un diálogo entre Sócrates y Gorgias.

«Sócrates: admitís lo que se llama «saber»? Gorgias: Sí, Sócrates: Y lo que se llama creer? Gorgias: lo admito también. Sócrates: Os parece que saber y creer, la ciencia y la creencia son la misma cosa o dos cosas distintas? Gorgias: Pienso que son dos cosas diferentes. Sócrates. Pensáis justamente y podrías juzgar si os preguntaran: Gorgias, hay una creencia falsa y una creencia verdadera? Convendrías en ello, sin duda? Gorgias: Sí, Sócrates: Pero, existe del mismo modo una ciencia falsa y una ciencia verdadera? Gorgias: No, ciertamente. Sócrates: es, pues evidente que esto no es la misma cosa. Gorgias: Eso es cierto. Sócrates: Sin embargo los que saben están persuadidos del mismo modo que los que creen. Gorgias. Convengo en ello. Sócrates, Queréis que en consecuencia nosotros admitamos dos especies de persuasión; una de las cuales produce «la creencia sin la ciencia» y la otra la «ciencia»?—Gorgias. Indudablemente».

Esto está muy bien, pero como reconocer la una y la otra.

No es un acto ni un hecho que pueden demostrar que una aserción está bien fundada; un acto por importante que sea, nunca es sino una prueba de la convicción del que lo ejecuta, si este acto fuera el sacrificio de su propia vida, es únicamente una prueba de su sinceridad, un testimonio de la veracidad, pero no una prueba de la verdad, la única prueba de la verdad de la ciencia, del saber, es el razonamiento lógicamente incontestable.

Veamos, pues, cómo podemos reconocer un razonamiento lógicamente incontestable, de un mal razonamiento.

Desde luego, qué es razonar? Es comparar las sensaciones, las ideas o estados de conciencia. Como lo ha demostrado Wundt, la idea más simple: el sentimiento que un ser tiene de su existencia, ya es el resultado de un razonamiento que podría decirse inconsciente. Para abstraer esta idea

del «Yo» o sentimiento que tiene un ser de su existencia, es necesario que estén presentes en el espíritu dos sensaciones, dos modificaciones. Del universo entero no conocemos sino los estados de conciencia. No puedo hacer nada mejor que recordar aquí lo que J. Stuart Mill, escribió en su lógica: «Todo lo que conocemos, aún en nuestro propio espíritu, es cierta división de conciencia» una serie de sentimientos, es decir de sensaciones, de pensamientos, de emociones y voliciones más o menos numerosas y complicadas. Existe algo que yo llamo «Yo» o mi espíritu, que considero como distinto de estas sensaciones, de estos pensamientos; alguna cosa que concibo no son los pensamientos mismos, pero sí el ser que los ha pensado y que podría subsistir sin ningún pensamiento, al estado de reposo. Pero lo que es este ser, aunque sea «Yo», lo ignoro y no conozco sino la serie de sus estados de conciencia. De la misma manera que los cuerpos no se me manifiestan más que por las sensaciones consideradas como su causa, así el principio pensante en mí, el espíritu, no se me revela sino por los sentimientos de que tengo conciencia. No conozco de mí nada más que las capacidades de sentir o de tener conciencia (lo que comprende el pensamiento y la voluntad) y si tuviera que aprender alguna cosa nueva sobre mi propia naturaleza, no puedo concebir que este suplemento de información, me haga conocer otra cosa, sino que yo poseo algunas capacidades de sentir, de pensar, y de querer que hasta entonces no me había apercibido». *Système de logique*. J. S. Mill.

Propiamente hablando, no conocemos, pues, sino las relaciones entre las sensaciones, las ideas, y es sobre ellas que razonamos, no directamente sino por medio de «palabras» que son los signos, escritos, o hablados que representan nuestras ideas. Las palabras, dijo Leibnitz, son para los sabios fichas, que los locos toman por plata. Bajo este punto de vista, la humanidad está todavía en gran parte loca, se paga de las palabras, se

bate por ellas. Porque pronuncian los mismos sonidos o trazan los mismos caracteres, muchos creen hablar la misma lengua y comprenderla. En efecto, no ocurre así; los mismos signos no despiertan las mismas ideas y a menudo aún en el que las emite, la idea no es clara sino vaga, fluida y a menudo absurda. Tomemos un ejemplo de este mismo congreso: el término «libre-pensamiento». Cuando los adversarios del libre pensamiento atacan a éste, la idea que critican no es la que los libres pensadores quieren expresar en este término libre pensamiento. En este sentido, podría decirse, pues, que sus críticas son justas puesto que se dirigen a una falsa idea que no está de conformidad con el término que los libres pensadores quieren expresar. Esta falsa idea no debe imputarse únicamente a los adversarios de los libres pensadores, puesto que si este término libre pensamiento si no es falso, al menos es poco claro y se presta a la confusión. Si se analiza cuidadosamente todo lo que se ha escrito sobre el particular, constatamos que el término: libre examen o libre crítica, expresaría mucho mejor la idea que defienden los libres pensadores, y que es la del derecho que asiste a cada hombre de examinarlo todo, de someterlo todo al crisol del razonamiento lógico, al criterio de la razón, y de poder publicar sin obstáculos el resultado de su examen. Pero una vez que se habrá pronunciado la razón, no pertenecerá más al hombre aceptar o rechazar sus conclusiones.

Ciertamente que no se puede querer expresar por libre pensamiento, la posibilidad, la elección, la libertad que el pensamiento tendría para producirse o no puesto que para elegir es necesario pensar, ser conciente: sería un absurdo demasiado grosero decir que el pensamiento existía antes de pensar. No digo la susceptibilidad, la potencialidad de pensar sino el pensamiento. Luego, si el pensamiento se ha producido, es que éste debía producirse necesariamente, fatalmente, independientemente de la naturaleza de

las cosas y de las circunstancias.

Como lo hemos visto más arriba, una vez que ha hablado la razón, el hombre debe inclinarse; no se puede pensar indiferentemente una cosa y otra, por ejemplo que la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual a dos rectos y que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es o no es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los otros dos.

Un hombre que se rehusara a admitir una verdad lógicamente demostrada de una manera irrefutable, no sería considerado como un hombre normal y su caso es del resorte de la medicina mental. «La libertad no consiste en obrar sin motivo, ha dicho Marión, pero sí a determinarse por la razón».

Esto nos conduce a los razonamientos.

Ya hemos visto que el razonamiento propiamente dicho, es un lazo de unión de las ideas con las palabras y no puedo llamar lo bastante la atención sobre un punto, esto es, que las mismas palabras deben tener para los diversos interlocutores un mismo valor al menos si ellos quieren entenderse y no hacer como lo expresa enérgicamente Voltaire: «Macher a vide», realizar torneos de espíritu, a veces brillantes, pero absolutamente vacíos de sentido práctico y causas de discusiones estériles y sin fin.

Las ideas puestas en relación pueden ser equivalentes, es decir, ser en efecto la misma idea expresada bajo formas diferentes. O bien las ideas son simplemente análogas, se parecen más o menos, pero no son nunca semejantes. Del punto de vista del mecanismo del razonamiento, tendremos que distinguir dos maneras de encadenar las ideas. En el primer caso es un encadenamiento de identidades; el razonamiento se efectúa por deducción. En el segundo caso es un encadenamiento por analogías; el razonamiento se efectúa por inducción. No existe una tercera manera de razonar. Las conclusiones resultantes de estas dos especies de razonamientos,

no tendrán el mismo valor: no existe más que el razonamiento por identidades, la deducción, que da un valor cierto, absoluto, a condición de que el punto de partida sea por sí mismo cierto, incontestable, absoluto; en otras palabras, la conclusión no tiene nunca valor más certero que el de las premisas de que deriva. En todos los otros casos las conclusiones son contestables, no digo falsas, pero sí sujetas a caución; estas son las creencias. Una fe, una creencia, un dogma, es una certidumbre, una afirmación incontestada pero no incontestable.

Los dogmas existen en número infinito, sin embargo todos pueden reducirse a tres categorías:

1. El dogma que afirma la unidad del Universo, comprendiendo el hombre, es decir que no habría sino una sola naturaleza, un solo orden, el orden físico, el orden de los antecedentes y de los consecuentes; los seres no se determinarían, serían determinados.

2. El dogma de la dualidad del Universo; habría un orden físico o fatalidad y un orden moral o libertad, es decir que habría seres que pueden determinarse por la lógica, por la razón.

3. El dogma del falso escepticismo, resultado de la vanidad que afirma «que es imposible saber». Los partidarios de este dogma, de esta fe, son esencialmente ilógicos puesto que afirmando que es «imposible» saber, afirman que saben esto, lo que es un saber. Si se contentaran con decir «no sé», no habría nada que reprocharles, pero concluir de esto que uno mismo no sabe, que es imposible saber, me parece muy osado por no decir más. Ellos se parecen a un alumno joven que no habiendo comprendido la demostración del teorema del cuadrado de la hipotenusa, declara que es imposible saberlo. De que no se sabe actualmente una cosa se deduce que no se sabrá mañana?

Hasta ahora la humanidad no ha poseído la Ciencia. Prácticamente ella oscila alternativamente entre los dog-

mas de la primera y de la segunda categoría que podrían calificarse de dogma irreligioso o materialista y de dogma religioso o espiritualista. El dogmatismo escéptico, es por así decirlo, una imposibilidad puesto que tendría por resultado no ejecutar ningún acto; toda acción es la prueba no de una duda sino de una certidumbre, certidumbre que no habría durado sino un instante. Los escépticos, pues, son creyentes, pero cuyas creencias varían continuamente.

Esta afirmación de que hasta el presente no ha habido Ciencia, propiamente hablando, parecerá quizás aventurada y muy pretenciosa, así que me es necesario dar la prueba de lo que digo.

Pasemos, pues, revista de todos nuestros conocimientos. Estos se reducen:

1. A las ciencias de observación y de experiencia, que comprenden la física, la química, la mineralogía, la botánica, la zoología, la astronomía, la paleontología, la fisiología, la biología.

2. A las ciencias matemáticas.

3. A las ciencias morales y filosóficas, en las cuales están comprendidas las religiones, el derecho, la economía política, etc.

En la primera y tercera categoría, todos los razonamientos se hacen por inducción, por analogías; las conclusiones o teorías generales, no tienen en las ciencias sino un valor relativo; ellas no tienen un valor absoluto, no son sino hipótesis que prácticamente deben ser consideradas como verdaderas, hasta que un hecho bien establecido no venga a contradecirlas; en este último caso, no es el hecho que debe inclinarse ante la teoría, sino la teoría que debe modificarse para poder englobar este hecho en la explicación general.

En la segunda categoría, las matemáticas, los razonamientos se efectúan por encadenamientos de identidades, el mecanismo es perfecto; también las conclusiones expresadas por las verdades matemáticas son tan ciertas como el punto de partida de que ellas han sido deducidas.

Pero este punto de partida, tiene una certidumbre absoluta? Existen realmente unidades equivalentes idénticas?— 4 manzanas igual a 4 manzanas; pero 4 manzanas A son iguales a cuatro manzanas B? 1 manzana es equivalente a otra manzana, aún más, puede ser equivalente a lo que era ayer o a lo que será mañana? Para la práctica parecerá la misma y sin embargo, ya habrá cambiado.—Ahora en la naturaleza fenomenal, constatamos en todas partes la misma cosa, que no encontramos dos hechos semejantes; es el dominio del eterno «devenir»; no es, pues, allá donde nosotros podremos encontrar unidades. Los matemáticos no se han propuesto la cuestión de las unidades reales, así ha podido escribir con razón, Buffón: «Qué lo que se llama verdades matemáticas, se reduce a identidades de ideas y no tiene ninguna realidad».

Qué es una unidad? Qué expresa esta palabra? Una unidad es una abstracción de alguna cosa indivisible. Si la unidad no fuera indivisible, estaría compuesta de un número más o menos grande de partes; esto sería todo y ella no tendría de la unidad, más que apariencia, esta sería una unidad aparente o fenomenal.

Hemos visto más arriba que el hombre no tiene el sentimiento de su existencia o su conciencia, sino por un razonamiento que opone el «Yo» al «Mí» el sujeto pensante al objeto sentido; o a lo que modifica el sentimiento que este sujeto tiene de su existencia. Descomponiendo la idea del universo o de todo lo que existe, se llega en último análisis a este sujeto que siente o sensibilidad, y a lo que es capaz de modificar el sentimiento que este sujeto tiene de su existencia. Esto es lo que nosotros llamamos movimiento, materia o energía.

Notemos que por esta definición hemos entrado en la materia las fuerzas así como los cuerpos; la materia ponderable tanto como la materia imponderable; la materia amorfa, la materia inorgánica y la materia orgánica, o se excluye la vida; esta no es más que una organización particular

del movimiento, de las fuerzas o de la energía. Esta energía se manifiesta únicamente por los fenómenos. Ella es la que constituye el universo fenomenal. Un fenómeno siempre es transitorio, divisible; propiamente hablando, es un conjunto de propiedades. En el universo fenomenal, no encontramos, pues, unidades reales. Si hay unidades reales, éstas no pueden ser sino los sujetos que perciben o las sensibilidades que nosotros podemos denominarlos «Yo». Si los sujetos que sienten son de la misma naturaleza que los fenómenos, que la energía, serán divisibles y entonces la sensibilidad o susceptibilidad de sentir no es más que la propiedad de la energía, una simple resultante de las fuerzas organizadas.

Hasta ahora la ciencia ha demostrado que la sensibilidad no es una resultante de la materia que no es divisible? No, al contrario, la mayor parte de los sabios declaran que la sensibilidad está esparcida en todas partes, que es un epifenómeno de la vida, y entonces como ella, es divisible.

No habría, pues, unidades reales. Si no hay unidades reales, se impone razonar por identidades y por conguente, llegar a una demostración racional, lógicamente irrefutable, lo que en otros términos, quiere decir que no hay ciencia.

Creo, pues, haber demostrado mi afirmación un poco aventurada; que hasta ahora no ha habido ciencia propiamente dicha, ha habido simplemente acumulación de materiales, clasificación y generalización de nuestros conocimientos. Este trabajo no es inútil, más aún, es indispensable, puesto que es sobre sus bases que deberá establecerse la ciencia. Antes de saber si no existe otra cosa que la energía, resultados de fuerzas, es necesario conocer la energía en todas sus diferentes manifestaciones, y esto es lo que nos enseñan las ciencias.

La ciencia no debe procurarnos solamente la satisfacción platónica de conocer la verdad, no; ella debe contribuir a nuestra felicidad, puesto que lo

que importa al hombre no es la verdad, ni la justicia, ni el saber, sino la felicidad.

La felicidad es el objeto conciente o inconciente de todas nuestras acciones. En medio de las innumerables experiencias de la vida, ella es de que todos nosotros perseguimos y también el desgraciado que va a perderse es todavía impulsado por ese motivo; es allí que él cree encontrar la felicidad. Si la ciencia no debiera hacer la felicidad del hombre, si debería contribuir a su desgracia, a su sufrimiento, sería cuerdo permanecer ignorante y el que quisiera curar a la humanidad de su ignorancia, hacerle conocer la verdad, la ciencia, sería un criminal, un malhechor! «Ignorance would be bliss». Felizmente, no hay nada de esto, aún más, es por la ciencia, por el conocimiento verdadero esparcido a raudales por el mundo, que puede alcanzarse tanto la felicidad individual como social.

En presencia del espíritu del libre exámen, de la imposibilidad absoluta de impedir la libre crítica, el hombre no puede más creer, debe saber. Cometeríamos pues un grave error en querer oponer un dogma a otro dogma, al dogma religioso el dogma antirreligioso o el dogma escéptico. No hagamos como nuestros adversarios, no ocultemos nuestra ignorancia, re-

conozcámosla francamente; es el primer paso hacia la curación, hacia el saber.

De esta ciencia que podría llamarse negativa, solamente puede nacer la ciencia positiva o real.

Así propongo que este congreso declare:

1. Reemplazar la expresión libre-pensamiento, que si no es falsa es al menos poco clara y se presta a la confusión, por la expresión «libre exámen»; el congreso se afirmaría por esto partidario inquebrantable e irreductible del derecho que tiene cada hombre de examinar, de someter todo el tamiz de su razonamiento y al criterio de la razón.

2. Que sea puesto a la orden del día en el próximo congreso el estudio de la cuestión de la sensibilidad: La sensibilidad es simplemente propiedad de la materia o es la facultad de los seres simples, indivisibles, eternos, facultad que se manifiesta pasivamente por el sentir, activamente por el querer.

Por esto serán resueltas las cuestiones: La humanidad cree? Sabe? Qué sabe?

Dr. Víctor LAFOSSE. — Profesor en el Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nueva de Bruselas, Presidente de la Sociedad Logarquistá de Bélgica.

La responsabilidad

(Conclusión)

Creo en el remordimiento del hombre honesto que después de haberse dejado llevar a una mala acción se ha sentido decaído en su propia estima y atormentado por el pensamiento del mal hecho a otro. Pero en cuanto al egoísta que teme ser privado de su parte de paraíso, que se figura ver a sus espaldas al gran diablo del infierno; en cuanto al miserable para quién el recuerdo del crimen se liga invenciblemente al pensamiento de los gendarmes, de los jueces, de la prisión, del

cadalso, sus remordimientos no son otra cosa que miedo. Temen ser presos, tiemblan ante el pensamiento del peligro que les amenaza. Pero si se creyeran seguros de escapar para siempre a todo castigo, vivirían perfectamente tranquilos. Lo que se llama conciencia no es en ellos sino un recuerdo desagradable, puesto que a este recuerdo está ligado necesariamente el pensamiento de las consecuencias posibles del acto que rememora. Pero la parte moral es en todo ello casi nula, puesto que la de la inteligencia está singularmente limitada.

Ahora bien, no pudiendo existir moralidad sino proporcionalmente al desarrollo individual de la inteligencia y ella se encuentra en realidad reducida a bien poca cosa en los 9 décimos de brutos a quienes hacemos el honor de considerar como criminales. La verdad, es que, si son capaces de hacer mucho mal, son incapaces de cometer crímenes.

Es necesario agregar para terminar de aclarar esta cuestión de remordimiento, en el sentido moral que lo tomamos, es por sí mismo un error resultado de la doctrina del libre albedrío. Desde el momento que una larga tradición ha persuadido a los hombres que son libres de querer o de no querer, llegan muy naturalmente, a reprocharse como crímenes voluntarios actos que les ha sido imposible evitar, exactamente como los creyentes tiemblan a la idea de una justicia divina, que no existe. Así pues, la existencia del remordimiento no es una prueba de la realidad del libre albedrío y de la responsabilidad. La creación del remordimiento ha sido tanto más fácil cuanto que, el sentimiento que se ha transformado así es, en efecto, más análogo al remordimiento. Es cierto que el hombre honesto habituado a determinarse según los más elevados motivos, experimenta necesariamente un sentimiento de vergüenza y de humillación cuando se percibe que se ha dejado coger por los sofismas de la pasión y del interés personales. Esta es una decadencia en su propia estima, es decir, en la opinión que tenía de sí mismo, y el sentimiento que de ello experimenta, se acerca bastante a lo que los teóricos del libre albedrío llaman remordimientos, para que la confusión sea fácil.

“El hombre sensato no obra nunca sin un motivo apropiado a su naturaleza. Si el hombre honesto se ha elevado en el orden moral muy por encima del carácter mediocre de la generalidad, si ha llegado a considerar sobre todo, los intereses elevados del individuo y de la colectividad, es porque disposiciones felices que han sido primero desarrolladas por la educación y

evidentemente ha recibido en herencia más tarde servidos por las circunstancias. Es sabido que otro menos bien dotado, no habría aprovechado tan bien de esta educación y de estas circunstancias, y no sería culpable por ello. Pero es igualmente cierto que esta parte de fatalidad inevitable e incontestable, que constituye entre los individuos diferencias a menudo muy señaladas de valor moral, suprime en el mismo instante la responsabilidad.

Desde este punto de vista, es menester que desconfiemos del vocabulario de la filosofía moral. Las palabras «mérito» y «demérito», «estimación» y «desprecio», «recompensa» y «castigo», que son absolutamente ajustadas a la doctrina del libre albedrío, tienen por esta razón significaciones que a nuestro modo de ver no responden ya a nada real. Apreciamos una persona en razón de su valor moral, más no le hacemos un mérito con esto.

Lo que los hombres juzgan realmente cuando aprecian un acto humano es el valor moral del agente mucho más que su responsabilidad. Es de notar que este valor es perfectamente indiferente a la mayoría, cuando el acto les interesa directamente y, por consiguiente, pone en juego sus pasiones o por lo menos sus sentimientos, es decir, cuando este acto excita en ellos la benevolencia o provoca la cólera.

En uno como en otro caso experimentamos la necesidad de hacer remontar al agente la causa de nuestra sensación. Lo amamos, si el acto nos ha sido agradable; lo odiamos si nos ha sido odioso. Por otra parte, es de notar que en el dominio inferior de la moralidad, allí donde dominan los sentimientos egoístas, las relaciones de los hombres entre sí son relaciones de cólera y de odio mucho más a menudo que en las regiones más elevadas. Ahora bien, esta moralidad inferior es sobre todo la de las épocas primitivas, es decir, la de los tiempos en que se han formado las ideas y las expresiones de la vida moral. De ahí un fenómeno moral de los más simples juzgando el hombre el acto de otro, únicamente según

la intensidad de la cólera que ha excitado en él, sin tener en cuenta motivos reales, experimenta la necesidad de reaccionar contra el acto por el cual sufre, refiriendo su cólera al sujeto de donde ella vino. La concepción filosófica de la responsabilidad no es sino la expresión intelectual de la necesidad de represalias y de venganza que ha experimentado el salvaje contra el enemigo que lo ha herido. Esta noción como tantas otras y en particular las religiosas, es un hecho de supervivencia, una transmisión hereditaria a través de las edades, de una idea hoy sin objeto y que en espíritus sutiles y falsos han tratado de transformar para adaptarla tanto bien como mal a las transformaciones del espíritu humano. Si la responsabilidad y por consiguiente, la libertad fueran reales, sería necesario admitir que el egoísta por naturaleza y por costumbre pudo desperdiciarse una hermosa mañana listo para todas las abnegaciones, y que el hombre honrado, sin ser loco, pudo decidirse a asesinar a su vecino para robarle su dinero. Nadie se atrevería a sostener semejante suposición.

La única parte que queda a la responsabilidad individual es la de más o menos atención aportada individualmente a la apreciación de los motivos y al examen de las consecuencias que puede ocasionar la elección del uno o del otro. Este dominio es, sin duda, muy limitado, pero no depende de nosotros ampliarlo. Debemos por lo demás agregar que deja a la libertad del hombre un juego suficiente para producir resultados a veces considerables. Que cada uno observe en sí mismo: qué de actos lamentables hubiera podido evitar si se hubiese tomado el trabajo de comparar y pesar los motivos con un poco más de cuidado! Nunca, sin duda, esté más o menos de cuidado y de atención accidental podrán colmar el intervalo que separa la doctrina del libre albedrío, al hombre honrado del hombre criminal, puesto que, en realidad este espacio pertenece a las influencias combinadas de la herencia, de la educación y de las circunstancias; pero basta para explicar que una des-

viación accidental sea posible entre dos hombres igualmente dotados e igualmente desarrollados.

Todo depende, en efecto, de la potencia intelectual. Los motivos tienen por sus consecuencias necesarias en cada situación dada, un valor objetivo y certero que debe determinar en una dirección prevista todas las inteligencias capaces de comprenderlos. La moralidad absoluta no es posible sino a condición de que sea este valor objetivo el que determine todas las acciones. Pero la verdad real es que, en un gran número de casos, este valor objetivo se nos escapa, por una u otra razón y que nosotros le sustituimos por un valor subjetivo gracias al predominio demasiado frecuente por el cual nos asemejamos más o menos a los niños, a los salvajes y a los locos.

El ideal de la moralidad sería que todos los hombres fueran bastante instruidos e inteligentes para poder alcanzar este valor objetivo de los motivos y no ser determinados sino por ella. Entonces habría armonía completa entre todos los actos y todos los intereses. Todos los conflictos habrían desaparecido, la bondad reinaría sobre la tierra; los hombres habituados a no tener sino desprecio por las sugestiones de las pasiones egoístas se determinarían en el sentido de la mayor utilidad social, sin lucha, sin excitación, sin pesar; con alegría, comprendiendo que su propia utilidad está comprendida en la utilidad de todos.

Mientras cae la lluvia

Para «Alborada»

Es otoño. Las hojas de las plantas y los árboles se han puesto amarillentas. Cae una lluvia menuda y fría. Despaciosamente, monótonamente, igual que la lluvia, van cayendo a la par o a intervalos las hojas de las plantas y los árboles... Es otoño.

— *** —

Es el cuadragésimo día de otoño.— Así lo dice el calendario.— Es el cuadragésimo día. Cae la lluvia menuda y fría y fina y las hojas, antes

verdes, con que la primavera se vistiera. Y yo, junto a la ventana, mientras miro la calle, y por las cunetas correr mansa, lenta, el agua, veo la lluvia cómo, tristemente cae... Y es el cuadragésimo día del otoño.

El otoño es triste: dice de la agonia, de lo que acaba, del término de todas las cosas, del pasar, del fin de los seres todos. El otoño es triste: es el símbolo eterno de todo lo que se rinde y se obla en holocausto generoso, preciso y bello y santo a la muerte y a la vida. El otoño es triste y es emblema del perpétuo devenir. Eso lo dice a mi alma este día gris y desapeable en que escribo.

Hoy es el cuadragésimo día del otoño. Caen las hojas de las plantas y los árboles... Caen. Cae una lluvia tamizada y fría... Cae. Cae una melancolía profunda en las almas de todos los que se asoman a las puertas como a husmear la calle... Cae. Cae una angustia loca y morbosa sobre el corazón del que ama y piensa... Cae... Cae... Cae....

Es otoño. Es el día cuarenta del otoño. Es, para el siglo que alcanzamos, el peor, el más misérrimo, el más cruento de todos sus otoños: un crimen inaudito cruza por sobre la tierra, dolorosamente. Y es el día cuarenta del otoño más bárbaro que quizá han visto ni verán los siglos.

Es otoño. Es otoño en alguna porción de la tierra; pero en otra porción y en muchas almas, es ya un invierno crudo, abierto al desconsuelo. Caen las hojas. Cae una lluvia menuda y fría. Cae en las frentes buenas un pesar. Y allá, allá, tras el mar, sobre las viejas tierras, cunas régias de «civilización», caen troncos robustos como toros, vidas de juventud, vidas humanas, en holocausto a un ideal tenebroso: la patria; a un *modus de canje* y robo; el capital; a todo un sis-

tema de esclavitud y de infamia: el sistema burgués.

Es el día cuarenta del otoño. Caen las hojas de las plantas y los árboles. Caen amarguras sobre los corazones. Y allá, tras el grande océano y en el océano mismo, caen troncos robustos como robles, se dán la muerte, sin una duda, los mismos, esos mismos destinados a hacer, a fundar la vida, mientras la primavera ya cercana, ignorante de tan precarios odios, triunfa sobre los campos, sobre esos mismos campos en que sudaran mil generaciones. Y es el día cuarenta del otoño.

¿Por qué mata el hombre al hombre? ¿Qué objetivo de progreso tiene el crimen? Suspender la vida ¿será también una norma para su equilibrio? La ley de selección ¿necesitará también cumplirse por la barbarie? Y cuando los que caen no son los que han doblado la curva de la vida, sino los que la ascienden, ¿es eso selección? Y cuando el equilibrio se establece tan sólo por el mal, ¿será el trabajo un acto del esclavo y nada más? ¿Por qué mata el hombre al hombre? ¿Qué alto fin, qué miras de alas tienen sus crímenes?

Caen las hojas. Caen los hombres... Ah!, pero en la caída de las hojas hay un designio grato de la salud eterna. ¡Si lo entendieran los hombres; si lo entendieran!... ¡No regarían la tierra con sangre de sus heridas!

Llueve... Llueve plomo y metralla sobre la juventud. Lueve... Llueve un dolor infinito en almas de mujer. Llueve... Llueve una gran injusticia sobre las vidas pequeñas. Lueve... Llueve una negra angustia en los mejores y una tristeza honda sobre sus frentes. Llueven vibriones del mal como diminutos hongos. Llueve el crimen... Llueve... Llueve... ¡Sólo no llueve la fraternidad! Y es que huyó de la tierra el mismo día en que fué consumada la primera injusticia.

Pero, yo amo. Y mi esperanza dice:
todavía puede salvarse el mundo.

Es otoño. Es el día cuarenta del
otoño. Es el día mil de la única gran
guerra, de la última quizá. (Y mi es-
peranza dice: Ama; todavía puede
salvarse el mundo. Ama.

Es otoño. Es 29 de Abril del año
1917. Es en toda la tierra la mentira.
Es en mi corazón un gran anhelo. Y
es sobre mí la noche. ¡La noche! ¡Oh,
si no fuera más que eso, y la luz
próxima un amanecer mejor!

Llueve. Cae una lluvia tamizada y
fría. Corre un frígido cierzo. Lloro un
perro. Dentro de unos instantes, vol-

cará el tiempo sus doce campanadas
anunciando que se ha hecho el día
nuevo... igual que el anterior, en tan-
to triunfe el mal.

Otoño! Otoño! avanza. Házte más
triste, más inclemente aún. Saca to-
das las hojas de los árboles. Lloro
copiosamente. Sacude tu cabeza de
humedades y deja caer tu más he-
lado viento. Y ahora, Otoño, pálido
sopla hacia la tragedia y abátete so-
bre la ferocidad de los hombres.
Así rezo mientras cae la lluvia...
Es otoño...
Las doce.

Fernando del INTENTO

L O Q U E Q U I E R O

Para «Alborada».

¿Quién os dijo compañeros, que ignoro lo que quiero
que ignoro hasta quien soy, que ignoro todo, todo?...
Yo soy la Voz de abajo, yo soy la voz del lodo,
la voz del oprimido que clama Humanidad!
La voz que se levanta terrible y vengadora
y vuela en las etéreas regiones del ideal...
Y descendiendo, del tirano, su oído cual puñal
atraviesa fuertemente, gritando: ¡Libertad!!!

La voz potente y grave, la voz que os hecha en cara,
que sois unos estultos, que sois unos cobardes...
que vais de sanos hombres haciendo necio alarde,
cuando solo sois de hombres, la sombra nada más!
La voz que en amalgama de lástima y desprecio
os llama ¡compañeros!... muy dulce y tiernamente,
cuando solo hay que llamaros la turba de inconscientes,
la piara de insensatos sin pan ni libertad..

Yo soy en fin, un hombre, que tengo convicciones
y sientóme muy fuerte, muy grande a vuestro lado...
un hombre todo entero que a luchar se ha lanzado
por veros a vosotros tan hombres como yo!
Un hombre que desprecia vuestro aplauso inconsciente,
y hace omiso caso de la crítica rastrera...
un hombre que no tiene ni dioses ni banderas,
un hombre todo Hombre, que a lucha se entregó!..

Yo bien sé lo que quiero, ¡oh ignara turbamulta!
yo quiero despojaros de vuestras inmundicias;
enterrar vuestras rutinas y vuestras estulticias

en la noche del presente de nuestra sociedad..
 Abrir nuevos caminos en vuestro pensamiento
 quitaros del cerebro los dioses asesinos,
 y haceros fuertes, con instrucción y dignos
 de vivir mejores días de amor y libertad.

Yo quiero, ¡oh, esclavos del prejuicio!, romperos las cadenas
 que al yugo de la ignorancia os tienen oprimidos,
 y hacer que vuestra idea en vuelos aereos
 recorra mucho, mucho... Aba!que todo ¡Todo!!..
 Cuando ya tengáis conciencia y mis ansias en el alma,
 ¡oh eternos despojados!, ante el Dolor mis hermanos,
 iré yo a vuestros antros y os daré mi amiga mano
 y cantando mi Victoria, os levantaré del lodo!..

Entonces nos iremos cual modernos gladiadores
 en busca de la Vida sublime de mi ensueño;
 allí todos iguales, los grandes, los pequeños,
 los grandes, los pequeños... tendremos libertad!
 Allí tendréis Amor, pero amor sublimizado
 allí no tendréis odios en vuestros corazones,
 allí será la Vida un cielo de ilusiones
 do reinen sobrenanos Amor! Fraternidad!..

¿Quién os dijo, compañeros, que ignoro lo que quiero,
 que ignoro hasta quién soy, que ignoro todo, Todo?
 Yo soy la Voz del Pueblo, yo soy la voz del lodo..
 la voz de los esclavos que claman libertad!..
 Yo quiero, ¡oh doble esclavos!, romper vuestras cadenas
 y quiero despojaros de vuestras inmundicias,
 enterrando para siempre con vuestras estulticias
 la noche del presente de nuestra sociedad!..

Alfredo FERNANDEZ.

Mechita, mayo de 1917.

Versos a mi patria

Para «Alborada».

I

Mientras la Libertad gima doliente
 bajo el tacón del bárbaro, ultrajada
 como en los tiempos bárbaros lo fuera
 en el tormento horrible de las llamas;
 mientras conserves leyes asesinas
 que, violando el derecho, las humanas
 ansiedades del hombre que a tí llega,
 destierran y encarcelan y ametrallan;
 mientras, en fin, el pensamiento libre
 no pueda, como un pájaro, las olas
 extender ampliamente por los mundos
 de la razón y la conciencia humanas,
 yo te negaré siempre
 que tú seas mi patria,
 y gritaré ante tí cual extranjero
 que un sagrado derecho te reclama!

II

Cuando la Libertad reine en la inmensa
 extensión de tus pueblos y tus pampas,
 y, avergonzada de los males hechos,
 incineres tus leyes draconianas;
 cuando vengan a tí todos los hombres
 a hollar la tierra con fecunda planta
 y a derramar el grano, las ideas
 que nos hablan de auroras de bonanzas;
 sin temer el destierro ni la cárcel,
 sin ser muertos por calles y por plazas
 por haber entonado el himno libre
 que es cual la comunión de muchas almas,
 yo te aclamaré siempre,
 yo te diré mi patria,
 y gritaré ante tí para decirte:
 aquí tienes un hijo que te ama!

López de MOLINA.

Rosario, Otoño de 1917.

Es que... llega el invierno...

Para «Alborada»

Pasa una ráfaga helada y cruel, presagiadora de alboreares lívidos, y en el abandonado y aterido jardín del suburbio, de flores y plantas monstruosas y funambulescas, hubo un estremecimiento de sopor triste y casi inadvertido... La casa, sola... abiertas las puertas y ventanas destrozadas, muestra su interior tétrico y vacío... Una verja de cañas enclenques y ralas separa el jardín del resto del solar... Frente a él, la casa do mora la desolación y la melancolía, es un rancho en ruinas. Antaño hubieron en ella risas y canciones; juegos y gritos; consejos y reprimendas; cabezas blancas o de bucles rubios; rostros curtidos y caritas sonrosadas; amores y desesperanzas; dolores y consolaciones... Muerte y luto después... Tocas negras... abrazos en el seno de la desesperación... Adioses... Pañuelos que sacude la brisa en el umbral... Rostros compunidos... Llantos espasmódicos... Lobreguez en las almas... Vacío en los espíritus...—Los nietos y los hijos fueron a la guerra... Los padres, también... Más tarde... la madre a la fábrica... Las almitas de gorriones; los espíritus albos de las hijas, al mesón mezquino del taller;... y, mucho más tarde, en la abrumante congoja de la ausencia, «ella», la mater, al arroyo... y, «ellas», las alondras parteras, al prostíbulo!... ¡Horror de iniquidades!... Luego, el abuelo y la abuelita, como dos copos niveos e inmaculados, cayeron silenciosamente, resignadamente, al frío y negro seno de la muerte...!

Amanece... Un lento y desesperado amanecer... Cantan los gallos, y su canto es como un alarido de clarín, en la soledad nocturna del vivac...

Sobre la loma, la choza, otrora refugio cálido de la vida, ogaño, lóbrego asilo de la muerte, parece una horrible guarida de salvajes alimañas...

En el jardín, todo mustio. Las florecillas que tiemblan con la brisa, con un calofrío espasmódico, agitaronse y

sacudieron sus delicados seres, que acariciarán manitas marfileñas y sonrosadas, ahora, agitanse tenuemente sus corolas desteñidas y estropeadas como un desconsolado vaivén de duda... Todo es allí de una lividez siniestra... Finaliza el otoño y, junto con el amarillo pálido y el rojo desleído, campea el «sombra» y la siena enfermizos...

Pronto va a llover... y parece que todas las cosas, (el jardín y la casa), a este presentimiento, temblasen de miedo, sin un genio amigo que las libre de desgracia semejante...

Solitario el jardín, extenuado de frío y horror de soledad, con sus tallos grises y terrosos y sus botones despetalados y harapientos... La casa, sola... con su techumbre crujiente, sus goznes mohosos; la mampostería del corredorcillo, (testigo de regocijos patriarcales), podrida; las hojas de las puertas y ventanas, oscilantes cual alas agarradas y calenturientas...

Amanece... Una claridad lechosa y gris, arroja sobre la tierra en sopor, sus crespones aleantes... La casa, tirita; un hálito de muerte la ha inundado... El jardín trágico, tiembla con un presentimiento angustiante, como si fuese llegada la póstuma hora, en que las galas fenecientes y mudas de sus ruinas, se echasen por fin en el seno de la nada...

Es que... el invierno llega...!

P. CELEDON

Valparaíso — Chile.

PARABOLAS

Para «Alborada».

Las estatuas enmudecieron mucho tiempo. Los ojos de las vírgenes intactas y frías nunca vieron sino el mismo horizonte, y por eso sus ojos, al parecer se han cegado. Cuando el sol en la mañana riente bañaba el marmoreo desnudo de sus conjuntos armoniosos, ellas, augustas y blancas nunca se dieron cuenta de los besos del sol. Eran la serenidad petrificada, que habían apasionado en sus entrañas el alma de to-

das las pasiones. Eran lo que fueron siempre las idealidades excelsas de los hombres: mudas como la Esfinge, serenas como el azul de los cielos, indescifrables como signos imposibles del destino...

* * *

Solo en las noches primaverales, en la hora de la luna más blanca y pensativa, cuando las flores místicas del jardín impregnaban de perfumes el silencio, cuando las plantas humanas ya no hacían ruido en las solemnes avenidas, y cuando hasta las alas de los pájaros se habían replegado al abrigo de las hojas, las estatuas de Fidias, las Venus arrogantes, todas las mármoresas diosas se transfiguraban... Pero sus gestos inmutables eran lo mismo siempre; se alzaban más solemnes, pero con la misma firmeza, con la misma impenetrabilidad, con la misma serena delineación. Almas blancas del silencio, vírgenes ciegas de mirar el mismo eterno horizonte, eran lo que no pudieron ser las almas vivas, la perfección elevada al mármol, la divinidad petrificada...

* * *

Los ojos de los seres superiores, muchas veces se habían detenido en ellas, y no las comprendieron, pero la amaron inmensamente. Sublimes artistas, habían soñado alguna secreta vitalidad en aquellas formas divinas, prodigios de la línea. Todos las respetaron, nadie se había adelantado nunca a intentar moverlas de sus pedestales; todos se sentían groseros de manos para esas carnes desnudas, intactas vírgenes de mármol...

* * *

Un día los cielos se encapotaron, las nubes más lejanas se acercaron a la tierra. Revolotearon las aves de rapiña sobre los jardines donde solo moraban canoros ruiseñores. Se hizo la noche sobre los pueblos que vivían admirando las estatuas de las vírgenes serenas... Todo, en pocas horas se transformó; ya no era el canto sino el grito desesperado que llenaba el ambiente; ya no era el perfume de los jardines, sino el olor de la pólvora que se impregnaba en todo. Y en vez de los rayos

del sol que alumbraban todos los horizontes, y bañaban en oro todas las cosas; roja e hirviendo la sangre manchó todo... Y las estatuas serenas, imperturbables, se alzaban en los jardines...

* * *

Pero llegaron los hombres ante ellas. Ya no eran los artistas sublimes, ni los grandes enamorados de la belleza. Y los hombres no las vieron, eran ciegos, la sangre había empañado todos los ojos humanos... Y así, ciegos, arremetieron contra la blanca legión de las estatuas, quienes cayeron, rotas, al empuje de las manos groseras que ultrajaron sus carnes impenetrables. Y rotas, como destinos truncados, aun conservaban su augusta serenidad... Y fué cuando aquellas bestias humanas a quienes no conmovieran ni los gritos de las madres desesperadas, retrocedieron. Retrocedieron ante la belleza indestructible, que, encarnada en los mármoles estatuarios, rota en los suelos, conservaba su augusta serenidad...

Retrocedieron...

Y el Arie, como supremo ejercicio de la belleza y del bien, roto, en los suelos, siguió triunfante.

Leopoldo Ramos GIMENEZ.

BIBLIOGRAFIA. — Gentilmente dedicado, hemos recibido de Manuel de Castro, el bello poema «Canto al Oro». En él se acusa la robusta personalidad poética del joven autor uruguayo, que ha sabido verter artísticamente en sus estrofas, con sinceridad y verdad, su rico caudal emocional.

NUESTRA ACLARACION

Buenos Aires, 14 de marzo de 1917.

Los abajo firmados, se comprometen velar moral y materialmente por la revista «Alborada», la cual ha sido creada para la divulgación de ciencias, literatura y arte.

Al mismo tiempo contralorearán la marcha administrativa de la revista, que no será una empresa especulati-

va, porque sus fines son: una vez consolidada su vida, contribuir a la divulgación de la instrucción popular de acuerdo con las ideas que sostienen los que firman.

Se comprometen, además, a no permitir que esta publicación se transforme en una empresa individual, ni que se lucre con ella.

Directora Mercedes Gauna. Administrador Penigno Pereira Victor Delfino.—A. N. Raíces.—Severo Bruno.—M. Campo.—Antonio Solís.—Juan Fentanes.—José Franco.—Ernesto Maddalena Marzulli.—Abraham Baivich.—Renato Ghia.—A. Arango.—José Campo.—F. P. Siciliano.—Juliana Borobio.

DE ADMINISTRACION

A los suscriptores de 25 de Mayo

No habiendo cumplido con esta administración el agente de esa localidad, Sixto A. Leiva, comunicamos a los suscriptores, que en lo sucesivo dicho señor queda desautorizado para todo lo referente a la revista, quedando en su reemplazo nombrado, el compañero Cruz Orellano, a quien deben ser abonadas las suscripciones.

A los Suscriptores y Agentes.

Infinidad de veces hemos pedido puntualidad a los agentes, pedido que volvemos a hacer, pues esta publicación no cuenta con más entradas que el importe de suscripciones y venta. Se hace necesario entonces, puntualidad en el envío del dinero; es lo único que pedimos a los compañeros.

Otra. — A los que no les llegue la revista deben reclamar en el correo, pues nosotros enviamos a todos los suscriptores con puntualidad.

Para el 10 del corriente, será reimpreso el núm. 1, por lo tanto pedimos a todos los interesados nos indiquen la cantidad de ejemplares que necesitan a fin de saber el tiraje que debemos hacer.

El Administrador.

AGENTES

[Montevideo: José Rey, Poste Restante. Colonia: Nicolás Maddalena, Colonia número 2015.

Rosario: Mariano Ferrer, Alvear 783.

Campana: Luis Del Greco.

Punta Alta: Manuel B. Alvarez.

Bahía Blanca: A. Corrales, (Kiosco), Colón y Chiclana.

Ingeniero White: Feliciano Carrero, Casa del Pueblo.

Tafí Viejo: R. Ayguabella.

25 de Mayo: Cruz Orellana.

Santiago del Estero: Gregorio Quiñones, Río Negro 148.

San Cristóbal: Angel Cerrutti.

Laguna Paiva: Agustín Fernández.

Baradero: Tomás Bautista.

(Mechita, (F. C. O.): Aquilino Ornezabal.

Sarandí: Martín Gaméndez, Avenida Mirre 2921.

Berazategui: José Iglesias.

Quilmes: Antonio Pérez, Olavarría 235 Prolongación.

Coronel Suárez: José Kovas, B. Mitre 210.

Ensenada: Augusto Piris, Río de la Plata 555.

Salta: Leopoldo Valero, Corrientes número 672.

Necochea: Patricio Carreras, G. Chaves 318.

General Pico: Juan Ferrini.

Zárate: Norberto Insúa, Avellaneda número 76.

Mar del Plata: M. Prieto

PUNTOS DE VENTA

«La Protesta», Humberto I.º 1175.

Carolina Venegoni, Ventana 3872.

Ateneo R. V. Crespo, Alvarez 837.

Ateneo Obrero de Almagro, Estados Unidos 3719.

Domingo Marciante, Inclán y Luca, (Librería).

Elvira Fernández, Estados Unidos y San José, (Librería).

Y en todos los Kioscos de la capital.

ALBORADA

Revista quincenal de ciencias,
sociología, literatura y arte.



Suscripción por trimestre \$ 1.00
Número suelto 0.20



Correspondencia: MERLO 2488